

Burguesía nacional, ¿una fracción relegada? Un debate sobre la esencia del concepto a la luz del caso Arcor.

Verónica Gabriela Baudino.

Cita:

Verónica Gabriela Baudino (2007). *Burguesía nacional, ¿una fracción relegada? Un debate sobre la esencia del concepto a la luz del caso Arcor. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/502>

Burguesía nacional, ¿una fracción relegada? Un debate sobre la esencia del concepto a la luz del caso Arcor.

Verónica Gabriela Baudino

Profesora de Historia de la UBA – Becaria de CONICET – Investigadora del CEICS

veronicabaudino@yahoo.com.ar

Uno de los problemas centrales de la producción intelectual de las ciencias es la forma que adoptaron las transformaciones de la estructura de la clase dominante desde fines de la década de 1970. Con la dictadura militar como bisagra, estos estudios intentan dar respuesta a las particularidades de la fracción hegemónica en función de explicar las causas de la crisis del 2001 y las debilidades del capitalismo argentino. El análisis de las características de la burguesía nacional cobra entonces sentido nuevamente, dado que expresa las potencialidades de la economía argentina. Pero detrás de este concepto se esconden diferentes interpretaciones acerca de las características de la burguesía nacional. Son sólo los pequeños capitales locales mercado-internistas plausibles de una alianza con la clase obrera, o comprende a todo capital que tiene a la Argentina como base de acumulación de capital y en consecuencia defiende un determinado territorio nacional, particularmente a través del Estado. Este problema teórico define en gran medida la interpretación del proceso histórico, en este caso puntual de los últimos 30 años, dado que la pregunta es cuál fue la clase dirigente que llevó a la bancarrota al capitalismo argentino. En este sentido, ¿participó la burguesía nacional de los resortes del poder desde la década de 1970 siendo artífice y beneficiaria de las políticas tanto de la dictadura militar como de los gobiernos subsiguientes? O por el contrario, es una fracción de la clase desplazada por lo grandes capitales, que no logró construir un proyecto de nación pujante debido a la opresión que sufre. En consecuencia, es una reserva a futuro, que librada de sus trabajos augura un futuro de desarrollo a gran escala de este país.

La posición más difundida sobre las peculiaridades que adoptó la clase dominante argentina desde la última dictadura militar, sostiene que ésta no puede denominarse burguesía nacional. La fracción dominante (financiera) habría asumido la dirección económica sirviéndose de las políticas de desregulación comercial dictadas por la dictadura. El fin último de las mismas habría sido erigir a esta fracción como la dominante, previo desplazamiento de la burguesía nacional, permitiéndole obtener amplias ganancias mediante la valorización financiera. Supuestamente, esta política de ganancias sin inversión productiva habría redundado en un proceso de desindustrialización.

Dos de los autores que difundieron ésta interpretación son Eduardo Basualdo y Carlos Echagüe, que aunque con matices (dado que el primero propone una reforma política mientras el segundo plantea una salida revolucionaria), caracterizan una estructura de clases durante los últimos años, en la cual la burguesía nacional tuvo un rol relegado.

Analizaremos sus obras y a la luz del caso Arcor ponderaremos la veracidad de éstas afirmaciones.

La estructura de la clase dominante en Basualdo y Echagüe

En primer lugar, es preciso considerar el esquema interpretativo general de cada autor, del cual extraen sus conclusiones acerca de las particularidades de la burguesía nacional. Echagüe¹ formula una interpretación de la dinámica del capitalismo Argentino y la clase dominante signada por el predominio imperial y sus aliados. Esta hegemonía, sin embargo no es permanente, ya que para Echagüe, la Argentina es un país “intensamente disputado” por diferentes imperialismos. Entre ellos, los principales son el ruso y el yanqui, que tejen alianzas con una fracción de la burguesía nativa. En consecuencia, las diferentes fracciones intervinientes serían: burguesía imperialista rusa, burguesía imperialista yanqui y sus agentes de la burguesía local, burguesía intermediaria y de forma relegada, la burguesía nacional. La forma de identificar a cada una de las mencionadas fracciones, según Echagüe, es en el caso de los capitales imperiales, por su origen nacional, sin embargo para la burguesía argentina rige otro criterio: según su actitud ante el imperialismo.

Por un lado, los agentes imperialistas, son aquellas empresas que parecen nacionales, pero que son en realidad testaferros de capitales extranjeros. Un ejemplo es Clarín, según el autor, un claro caso de un intermediario del imperialismo ruso. La prueba de esta íntima conexión sería la adhesión del fundador del grupo, Roberto Noble y su hermano Julio, de la Unión Democrática, y la postulación del segundo en la lista para Capital Federal en 1946 junto a Rodolfo Ghioldi, dirigente histórico del Partido Comunista Argentino. A su vez, Clarín habría sido vocero de la corriente pro Rogelio Frigerio, cuyo núcleo provenía de la Juventud Comunista y trabajaba en el campo empresario soviético.

Enumera otros ejemplos de vinculaciones políticas entre importantes ejecutivos de Clarín y el PC. En general, se trata de empresas cuyos altos directivos se encontrarían ligados directa o indirectamente con dirigentes del PC. A su vez, existiría un sinnúmero de empresas a cargo de testaferros que representarían los intereses rusos. Sin embargo, no hay referencias claras de la pertenencia de estos capitales al imperialismo ruso. No contempla la composición de los accionistas de las empresas. Mucho menos cuál es el espacio de acumulación central para cada capital en particular. Su atención está puesta en las relaciones políticas y no en la acumulación de capital. Sin embargo, Echagüe asevera la dependencia de la Argentina de estos capitales gracias a sus conexiones con el poder político que les proporciona ventajas para la realización de sus negocios.

Por otra parte, capitales como Arcor, Pescarmona, Macri y Roggio pertenecerían a la burguesía intermediaria dado que son socios menores del imperialismo. La fuga de recursos al exterior, las inversiones en otros países, el beneficio con subsidios estatales y la posterior participación en las privatizaciones son particularidades suficientes para Echagüe para no denominarlos burguesía nacional. Es que, de acuerdo a su punto de partida, el beneficio obtenido a la par de los capitales extranjeros inhibe las contradicciones que estos capitales

puedan tener con el imperialismo. Entonces, para el autor, priman las coincidencias sobre las contradicciones entre estos capitales.

Por último, la burguesía nacional representa en la obra la posibilidad desarrollar las bases sociales necesarias para una posterior revolución socialista. Bajo el título-pregunta, ¿existe la burguesía nacional?, Echagüe distingue su principal cualidad: la contradicción con el imperialismo. Señala que nació castrada y evidenció por un largo período ser incapaz de liderar un proceso liberador. Sin embargo, la experiencia peronista muestra sus potencialidades, que de todos modos deben ser apuntaladas por políticas mercado internistas y un gran apoyo estatal. Estas declaraciones no son acompañadas por ejemplos concretos de qué capitales existentes conforman esta fracción. No obstante, en otra sección del libro identifica a Sancor, Agricultores Federados y la Asociación de Cooperativas Argentinas, nos dan una idea de a quienes se refiere. La defensa de las PYME como capitales con un comportamiento diferente a los monopolios, a su entender más progresivo, es otra pista para terminar de definir que por burguesía nacional entiende a los pequeños y medianos capitales locales.

En la obra de Basualdo, la interpretación del proceso económico de los últimos treinta años es el basamento de la conformación de una nueva relación entre las distintas fracciones de la clase dominante. El objetivo de la última dictadura militar habría sido liquidar a la clase trabajadora y la burguesía nacional, mediante una “revancha oligárquica”. Basualdo sostiene que: “La redefinición de la relación entre el capital y el trabajo tuvo tal magnitud que solo puede entenderse como una *revancha oligárquica*, acorde con el profundo resentimiento que guardaba la oligarquía hacia la clase trabajadora.[..] La alianza policlasista termino de desestructurarse con la creciente marginación política y económica de la burguesía nacional”.² Es decir, fue una acción deliberada de la fracción de clase especuladora contra la burguesía nacional, a fin de liquidar la alianza entre ésta y la clase trabajadora, asentada en un modelo de crecimiento progresivo. Desde esa época, asistimos a un tipo de desarrollo económico que genera concentración y centralización de capitales, y en consecuencia desocupación. Sin embargo, a su entender, existiría otro capitalismo, progresivo e integrador de las distintas clases sociales. Se deduce de su análisis que la clase llamada a recrear un país próspero es la burguesía nacional.

A fin de justificar históricamente su posición, analiza las características de la burguesía que acaudilló el proceso desde la década de 1970. Para ello, propone una serie de categorías de clase diferenciadas según su tamaño y origen. La particularidad principal es si el capital es productivo o improductivo. Construye tres categorías: la burguesía nacional, los capitales extranjeros y la oligarquía diversificada. La primera de éstas tuvo origen, según Basualdo, durante el peronismo. Gracias a las políticas proteccionistas y de redistribución progresiva del ingreso, se habrían generado las condiciones necesarias para el desarrollo de una burguesía mercado-internista. La particularidad que la diferencia del resto sería su orientación productiva, además de su tamaño chico o mediano. Define a la oligarquía por su desarrollo en base a propiedades agrícolas y su diversificación hacia otras ramas. Basualdo supone que ésta es una estrategia particular para valorizar su capital sin necesidad de invertir. Tanto su diversificación como la concentración de sus capitales parecen convertirla en

una burguesía improductiva, es decir basada en la valorización financiera. Por último, diferencia a los capitales extranjeros, cuyo auge ubica durante la presidencia de Frondizi. Estos capitales tienen características que los asimilan a la oligarquía. Es así que identifica a la “burguesía nacional” con los capitales productivos, en general de tamaño medio o chico. Por el contrario, la “oligarquía diversificada” y el “capital extranjero” son grandes capitales, cuyas ganancias se asientan en la recirculación de capitales ficticios, y no en la inversión y el riesgo. A juicio de Basualdo, la “oligarquía diversificada”, piedra angular de su tesis, basaría su acumulación en base a la recirculación de finanzas y la apropiación de recursos estatales. La prueba principal que aporta es el progresivo predominio de los capitales más concentrados. Mediante el ranking de ventas de las cien empresas más importantes, observa que la tendencia durante esta etapa (1976-1980), es a la primacía de la “oligarquía diversificada”. Ésta incrementó su facturación un 38%, las empresas extranjeras un 2%, y la burguesía nacional, disminuyó un 1%.³ Además, sostiene que estos capitales se beneficiaron con importantes transferencias estatales, vía leyes de promoción industrial, y contracción de deudas. No incluye datos que ponderen el monto de las transferencias en relación al capital total de los capitales beneficiados, con lo cuál es difícil evaluar si la base de las grandes empresas fue el subsidio u otro factor. Con respecto al endeudamiento, presenta datos totales de toma de deuda y fuga de capitales. Basualdo supone que los recursos fueron utilizados para valorizarlos financieramente. No obstante, sus cuadros demuestran lo contrario. El 67% del endeudamiento perteneció a empresas pertenecientes a capitales con inserción industrial. La que mas endeudamiento tuvo fueron los grupos económicos, de los cuales 2 eran entidades financieras y 11 se dedicaban a la producción industrial.⁴

Su tesis se funda en que todas las actividades de la “oligarquía diversificada” tenían el objetivo de consolidar una estructura para apropiar rentas financieras. Es decir, contrariando sus propios datos, considera que esta fracción se basa en la especulación porque concentra su capital, y recibe subsidios estatales. Esta es la supuesta diferencia central con una burguesía nacional productiva, identificada con los capitales chicos o medianos. La contradicción queda planteada entonces entre una “burguesía nacional” chica y productiva, y una “oligarquía” concentrada y especulativa.

Arcor, entre la valorización financiera y el imperialismo

La diferenciación establecida entre la burguesía intermediaria-nacional, en el caso de Echagüe, y nacional-oligarquía diversificada en el caso de Basualdo, no se basa en el desarrollo histórico concreto de la clase. Por el contrario, cada fracción es presentada como un modelo con determinados rasgos que el autor busca se cumplan en la realidad. Sin embargo, esos tipos no están presentes como fracciones diferentes, sino como dos caras de la misma moneda. Ambas son parte de la burguesía nacional, pero alcanzaron diferentes grados de acumulación. Al definir cada fracción según su relación con el imperialismo, anula el hecho de que la acumulación de un capital la enfrenta a lo largo de su devenir con distintos aliados y contrincantes. En el momento de acumulación inicial, tenderá a constituir una burguesía nacional más pura, en el sentido de independencia y contradicción con los grandes capitales imperialistas. Pero a medida que aumenta su escala de acumulación, va tejiendo alianzas con

determinados capitales semejantes a ella, posiblemente enfrentados con otros grupos de capitales.

Ambos autores encuentran a la burguesía nacional “pura” relativamente autónoma de los capitales extranjeros y organismos internacionales de crédito (especialmente el FMI y el Banco Mundial), así como de acuerdos económicos del tipo GATT. A su vez, ciertas políticas económicas como los altos aranceles a la importación y las retenciones al agro habrían estimulado el crecimiento industrial dando lugar a experiencias como IAME, fábrica de automotores y el área de desarrollo nuclear. De no ser por los límites que le impuso el imperialismo intercediendo en el poder estatal, según Echagüe esta experiencia tenía sobradas potencialidades y puede considerársela el ejemplo a seguir. Sin embargo, exagera el alcance del desarrollo industrial durante el peronismo a la par que esconde una parte de la historia. Por un lado, la fábrica de automóviles del IAME.

El caso Arcor ilustra esta operación. Pese a que es un capital cuya base de acumulación es la Argentina, Basualdo sostiene:

“era un integrante de la burguesía nacional que, en las vísperas y primeros años de la dictadura militar, modificó drásticamente su estrategia empresarial, eliminando su inserción en los sectores tecnológicos de punta e insertándose decididamente en la valorización financiera”.⁵

Es así que identifica a este capital en un primer momento con la burguesía nacional para luego denominarlo oligarquía diversificada una vez alcanzado un elevado grado de acumulación. En este momento, Arcor pasa a formar parte de la burguesía que diversifica sus negocios con el fin de obtener subsidios estatales vía Leyes de Promoción Industrial, licuación de deuda privada externa y recirculación del capital en el mercado financiero en detrimento de la inversión productiva. A juicio de Echagüe, Arcor pertenece a la burguesía intermediaria dado que es, junto a capitales como Macri y Pescarmona, un socio menor del imperialismo. La fuga de recursos al exterior, las inversiones en otros países, el beneficio con subsidios estatales y la posterior participación en las privatizaciones son particularidades suficientes para Echagüe para negarles su carácter de burguesía nacional. Es que, de acuerdo a su punto de partida, el beneficio obtenido a la par de los capitales extranjeros inhibe las contradicciones que estos capitales puedan tener con el imperialismo. Entonces, para el autor, priman las coincidencias sobre las contradicciones entre estos capitales, lo que distingue lo nacional de lo pro-imperialista.

Arcor, inversión productiva y proyecto nacional

El análisis concreto de la evolución de Arcor pone en duda la pertinencia de las caracterizaciones tanto de Basualdo como de Echagüe.

Arcor comenzó como un pequeño capital bajo el nombre de SASORT, productor de caramelos y galletitas en un pueblo de Santa Fe. Fue una discusión con la parte mayoritaria del directorio, la que llevó a Pagani y un grupo de socios a separarse y fundar Arcor en Arroyito. La disputa giraba en torno a la necesidad de realizar nuevas inversiones para aumentar la productividad del trabajo. Este

hecho representa la marca que acompañará toda la historia de Arcor: la modernización constante de los procesos de producción y la reorganización de las plantas para incrementar su competitividad. Otro mecanismo utilizado para conseguir más competitividad en el mercado fue la instalación de plantas para el aprovisionamiento de materias primas (glucosa, cartón, etc.) a menores costos.

Por otra parte, Arcor fundó empresas en varias provincias argentinas y en países sudamericanos como Paraguay y Brasil. El objetivo no era apropiarse de subsidios como fin en sí mismo. Todas las inversiones realizadas fueron en fábricas, cuya base de acumulación fue la producción de mercancías mediante la explotación de trabajadores. Es decir, Arcor, desde sus orígenes hasta el gran capital que es en la actualidad, acumuló gracias a la inversión para aumentar su productividad. Haber cambiado de escala no lo hizo un capital financiero como argumenta Basualdo. A su vez, tampoco fue un capital oligopólico constituido sobre la base de nichos de mercado protegidos: desde sus inicios Arcor enfrentó una rama con muchos competidores, locales y extranjeros que modernizaban sus plantas para aumentar su competitividad. En medio de este proceso, tuvo lugar la concentración y centralización del capital en la rama, evidenciada en los Censos Nacionales e Industriales, que obligaron a Arcor a buscar alternativas para disminuir sus costos, motivo que fomentó la integración vertical para aprovechar las ventajas en los insumos derivados del agro argentino.

A su vez, la supuesta acumulación basada en la protección de ciertos mercados propios de la oligarquía diversificada, se habría asentado en ingentes subsidios estatales. Sin embargo, la evidencia muestra que Arcor instaló varias plantas en zonas con Promoción Industrial, especialmente en Tucumán, pero esto no implica directamente que hayan constituido su base de acumulación. En todo caso, quienes sostienen esta hipótesis deberían demostrar qué proporción del capital es producto de subsidios estatales. Es decir, no es igual que hayan sido beneficiados con un 100% de su capital que con un 5%.

Una mirada atenta a los resultados generales de la aplicación de las leyes de Promoción Industrial permite evaluar las hipótesis generales en las que se fundan Basualdo y Echagüe. Por un lado, la forma de otorgamiento de beneficios indica que sólo se le transferían riquezas a los capitales que hubiesen invertido. Al ser en su mayoría exenciones impositivas (principalmente IVA), los subsidios podían ser apropiados mediante la producción y venta de mercancías. Entonces, los capitales beneficiados no parecen haber canalizado las transferencias al circuito financiero, sino a la producción de bienes.

En cuanto a la distribución de los subsidios, los datos muestran una gran dispersión en su adjudicación. La mayoría de las ramas fueron beneficiadas, y ninguna gozó de una diferencia muy grande con respecto al resto. Esto pone en duda la tesis de los subsidios como factor explicativo. Todas las actividades obtuvieron semejante cantidad de beneficios y muchas empresas y provincias recibieron subsidios. Empresas como MU-MU y Georgalos en la rama de las golosinas, Loma Negra en cemento recibieron tantos o más subsidios que Arcor. Sin embargo, sólo unas pocas lograron insertarse en el mercado mundial. Estos hechos muestran que las transferencias no torcieron la realidad. Los capitales que no tenían una alta productividad del trabajo, sólo pudieron canalizar los subsidios a sobrevivir. Aquellos que tenían una elevada competitividad, lo

potenciaron. En el caso de Arcor, la generalidad con la que se otorgaron subsidios muestra que no pudieron ser el motor de su acumulación.

El motor parece encontrarse no en los subsidios y la especulación financiera, sino en la productividad del agro argentino. La reconstrucción histórica de los procesos de producción evidencia la importancia de la glucosa (subproducto del maíz) en la producción de caramelos. El caramelo insume un 75% de glucosa, un 25% de azúcar y agua, en una estructura de costos de las golosinas en la que las materias primas representan un 25% del total de los costos, seguido por la mano de obra.

El estudio de la evolución de los costos salariales con respecto a sus principales competidores, Inglaterra y Estados Unidos marca una diferencia entre un 30% y un 40% en los últimos 30 años, a favor de Argentina. Con lo cual Argentina tiene ventajas también en los costos salariales. No obstante, éste elemento no puede explicar por sí sólo la acumulación de Arcor, debe ir acompañado por una productividad media de las materias primas.

Por su parte, la industrialización de la glucosa, la molienda húmeda, se encuentra estandarizada con respecto a los principales productores del mundo (inclusive Argentina es el segundo productor de glucosa del mundo). Sin embargo, para comprobar si la glucosa argentina es efectivamente una de las más productivas del mundo, debíamos atender a los costos relativos. Al no encontrarse disponibles los costos de producción de la glucosa, observamos los costos comparativos de Argentina y Estados Unidos de su principal insumo: el maíz. A partir de su cálculo, verificamos que los granos locales tienen un costo un 24% menor que el extranjero. No estamos entonces frente a un capital especulativo y financiero, sino frente a un gran capital asentado en la competitividad del maíz argentino.

Además, Arcor tuvo un proyecto político propio: la Fundación Mediterránea. Desde allí Arcor conformó un núcleo de producción intelectual como plataforma para la acción política. Reclutó a profesionales como Arnaudo, Givogri y Cavallo, a quienes les financió sus especializaciones en universidades extranjeras, capacitación intelectual que tuvo como objetivo conformar un grupo de cuadros capaces de intervenir en el ámbito estatal. El plan principal fue posicionar a Arcor en el poder y lo consiguió mediante Cavallo quien dominó la escena política en los últimos años. Esta intención se refleja en la gran cantidad de artículos de propaganda de la Ley de Convertibilidad publicados en sus revistas de divulgación: Novedades Económicas y Coyuntura. A su vez, el proyecto parece haber favorecido a Arcor, ya que sus balances muestran un salto en su crecimiento económico durante la década de 1990.

Mediante la Fundación Mediterránea, y Cavallo en el poder, Arcor se erigió como dirección de un grupo importante de empresarios locales y encarnó un proyecto político nacional. Es decir, se planteó como alternativa política para todo el país, a través de la expresión de intereses generales.⁶

Por un análisis histórico de la burguesía nacional

En conclusión, el análisis histórico de Arcor nos muestra que, por un lado, no se trata de un exponente de la burguesía nacional que una vez erigido en un gran capital mutó su modo de acumulación. A juicio de Basualdo, ante este mayor tamaño pasó a engrosar las filas de la oligarquía diversificada que llenó sus arcas gracias a subsidios estatales y especulación financiera. Sin embargo, nada en la esencia de este capital cambió, sólo su tamaño. Lo que modificó el aumento de su escala es la comunidad parcial de intereses con el imperialismo. Marco parciales, porque, en tanto gran capital, comercia, se fusiona y establece relaciones con los capitales más concentrados del mundo, como ocurrió con la fusión con Danone. Pero, la comunidad de intereses no es total, ya que cada burguesía tiende a defender su espacio de acumulación, o por lo menos disputarlo. Ese es el sentido de la conformación del Estado nacional y en el caso de Arcor, la injerencia directa en él. Es decir, existe una dialéctica entre comunidad y contradicción entre la burguesía local y el imperialismo. Dinámica que suele favorecer cierta autonomía de la burguesía local en contextos particulares como al final de la Segunda Guerra Mundial. Entonces, la denominación de Echagüe a Arcor como burguesía intermediaria poco se ajusta a la realidad.

Por último, ambos autores mediante la invención de estos nuevos conceptos, marcan la existencia de otras fracciones de la clase dominante que han dirigido el proceso de acumulación desde 1970 hasta esta parte, crisis del 2001 mediante. Resguardan así a la burguesía nacional de toda responsabilidad en el proceso de concentración y centralización del capital que ocasionó una desocupación galopante así como la quiebra de pequeños capitales y la relocalización de la producción en las ramas más competitivas. Sin embargo, Arcor como uno de los máximos exponentes de un capital nacional, evidencia que la burguesía nacional estuvo bien presente en la dirección política del proceso. Mediante la Fundación Mediterránea acaudilló a un conjunto importante de empresarios locales y le dio vida a la Ley de Convertibilidad y al menemismo. Pero, nos dirían los autores, no puede tratarse de la burguesía nacional si sólo persiguieron beneficios particulares y arruinaron al país. El problema nodal, es que suponen que la burguesía nacional expresa intereses coincidentes con la clase obrera, circunstancial para Echagüe, en función de la construcción de una Nación sin contradicciones de clase. Por este motivo, buscan desligarla de la responsabilidad de los últimos 30 años. Pero, a nuestro juicio, el problema debe enfocarse desde otro ángulo: la burguesía nacional no se vio impedida de desarrollarse ni por el imperialismo ni por otras fracciones nacionales. Obtuvo el máximo grado de desarrollo posible en un capitalismo chico, tardío y agrario. Es decir, son los propios límites estructurales a la acumulación del capital en Argentina la que le impiden alcanzar escalas similares a los capitales estadounidenses. Aquí sólo pudieron desarrollarse en términos competitivos capitales ligados al agro, excepto Techint. Es así, que creemos necesario estudiar la acumulación de capital para conocer las particularidades y causa de las debilidades del capitalismo argentino, dejando de lado los modelos teóricos que no permiten explicar la realidad histórica.

En este sentido, proponemos un estudio de la estructura burguesía nacional que contemple a la burguesía como una totalidad que traspasa las fronteras nacionales y sigue una dinámica de contradicción permanente por un lado con el proletariado, y por otro con otras fracciones de su clase. Donde se hacen carne

dichas contradicciones es en el mercado, donde cada capital acude para poder realizar la plusvalía ya producida. El mercado sólo reconoce un precio, en consecuencia todos los capitales luchan entre sí por vender su mercancía y así poder seguir reproduciéndose. Para tal fin, debe aumentar la productividad del trabajo y así disminuir sus costos ya que quien no produce al valor que reconoce el mercado, progresivamente va quedando en el camino. Este mecanismo de competencia va diferenciando a la burguesía en distintos sectores. De acuerdo con la actividad que desarrolla se dividen en fracciones: industrial, financiera, agraria, comercial. En relación a su tamaño se diferencia por capas. Éste es el corte que determina en primera instancia la relación entre los capitales, ya que su posición depende de la escala del capital, de su productividad. Por ende, en la competencia quienes tienen superioridad son los grandes sobre los chicos, y no por ejemplo los financieros sobre los industriales. A su vez, al enmarcarse dentro de Estados nacionales, los capitales se dividen de acuerdo a su nacionalidad. Todos los capitales que tienen como base de su desarrollo determinado país, conforman una burguesía nacional. Ésta sigue la lógica de división mencionada, de acuerdo a su actividad y tamaño. Es decir, la burguesía nacional no es un todo homogéneo, en su interior se libran disputas como sucedió durante la década de 1970. La fracción más concentrada y competitiva de la burguesía nacional desplazó del mercado a las capas más débiles de la misma.

En este proceso de competencia, los Estados nacionales juegan el rol de garantizar la reproducción del sistema social. Es decir, asegurar la extracción de plusvalía para la obtención de ganancias. Operará en relación a unas y otras fracciones del capital, posibilitando el desarrollo de grandes y chicos en ciertos momentos, como durante el peronismo. O liberalizando las políticas para favorecer la concentración y centralización del capital en otras circunstancias. Estos Estados nacionales, como representantes de una fracción particular, están a su vez en competencia permanente con otros Estados por el control de cada espacio de acumulación. El Estado es entonces expresión de dicha competencia. El imperialismo, desde esta óptica es la forma que toma la competencia entre los distintos capitales. Este fenómeno suele ser comprendido como la fuerza ejercida por un país imperialista sobre otro en función de su capacidad política y militar. Se deja de lado la raíz que hace viable la opresión: las diferencias en la escala de acumulación de los capitales que conforman los distintos Estados nacionales. Si Estados Unidos oprime a los países Latinoamericanos es debido a su superioridad en el aspecto productivo que la hace más competitiva y factible de dominar a otros países e imponer sus reglas.⁷

Pero, como observamos en Basualdo y Echagüe, no todos los intelectuales parten de acumulación de capital y competencia ínter capitalista para definir a cada una de las fracciones. Mecanismo que resulta en explicaciones a históricas que ocultan las transformaciones de cada fracción de la burguesía encorsetándolas en categorías teóricas que no expresan el movimiento de la realidad.

⁷Echagüe, Carlos, *Argentina: declinación de la soberanía y disputa ínter imperialista* de Carlos Echagüe, Editorial Ágora, Buenos Aires, 2004.

²Basualdo, Eduardo, *Estudios de Historia Económica Argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires, marzo de 2006. Pag. 118 y 119.

³Op.Cit. Pág.150

⁴Op.Cit. Pág.170

⁵Op.Cit. Pag. 161

⁶Baudino, Verónica, *Productividad y desarrollo: el caso Arcor*, Tesis de Licenciatura en Historia UBA, nimeo.

⁷Shaikh, Anwar, *Valor, acumulación y crisis*, Ediciones ryr, Buenos Aires de 2006.